

ct

La mala herencia

de
Alberto de Casso

(fragmento)

Una estancia penumbrosa y polvorienta con muebles irreconocibles, porque la mayoría están cubiertos con sábanas polvorientas, salvo acaso un sofá desfondado y dos butacones viejos, y una cama puesta de pie con un somier oxidado y un colchón sucio.

Hay cajas diseminadas con objetos menudos y sobre todo libros. En el centro se halla un mueble también tapado que sugiere un escritorio antiguo.

Una escalera de madera llena de motas de pintura con una soga deshilachada que une los peldaños por la mitad. Nos encontramos en un febrero frío, desapacible y largo. Entra Julio muy abrigado. Tose. Está acatarrado. Comprueba el polvo en un mueble con la yema de los dedos, y las colillas viejas y malolientes dentro de un vaso con posos y marcas de café y licor. Hace una mueca de asco. Y se sienta en un butacón polvoriento tras poner varios libros encima con cierto remilgo. Murmura: Ni para morirse, se dignó a limpiar la casa.

Por el fondo aparece Bashira con una abaya y un pañuelo negro que le cubre la mitad de la frente y se sienta en una silla con un cuaderno que usa como diario.

Habla como si leyera su diario hasta que las palabras parecen que se despegaran del cuaderno y cobraran un doliente, vivaz y vibrante vuelo. Los personajes aunque comparten espacio dramático, viven a más de 4.7373, 2 kilómetros de distancia, que es lo que separa Madrid de Alepo, ciudad al norte de Siria.

1º Bashira día cuadrigentésimo vigésimo quinto (425) de la guerra. Febrero 2013

Llevamos ya cuarenta días sin salir de casa. Hoy hemos puesto cuerdas y tablones en las ventanas del salón, porque esta noche las bombas han caído a menos de 600 metros en el barrio de Al-Jdeida cerca de la Ciudad antigua. Mi madre Fátima ha dicho que iba a por tabaco, que ya no aguantaba más, que solo le quedaba comerse sus puños a bocados. Yo he escondido las llaves para que no salga y la he gritado, para que se sentara en el sofá. Y Hana, mi hija de nueve años, se ha puesto a llorar porque quiere ir a la escuela. Sus amigas Zaina, Raissa y Samira no han dejado de ir, y ella no quiere quedarse en casa aburrida como un hongo. No entiende que para ir a la escuela, haya que atravesar tres barreras con shabbihás gubernamentales y varias calles devastadas por las bombas de los aviones del régimen. Ayer alguien se instaló en el piso de arriba. Mi madre dijo que seguro que era un francotirador del Ejército Libre Sirio. La fulminé con la mirada, para que no usara esa palabra delante de mi hija Hana. Ayer me pareció que mi hija Hana la decía varias veces entre sueños. Hoy me ha preguntado qué es un francotirador. Y le he dicho que es un soldado solitario. Me ha preguntado si era un soldado bueno o un soldado malo. Y yo le he dicho que los soldados no son buenos ni malos, pero no me ha entendido. Y se ha enfadado conmigo y se ha dedicado toda la tarde a descoyuntar a sus muñecas rubias a las que llamaba malditas putas shabbihás de nuestro presidente Asad. Fátima, mi madre, le ha dado un cachete en la boca para que no gritara, porque las paredes oyen. Se ha resquebrajado uno de los cristales. En la casa empieza a haber mucho polvo, demasiado polvo, que se te pega a la garganta como una bola de cieno y se te mete en los ojos. El suelo de la cocina está todo alfombrado de cucarachas muertas. Ya ni siquiera las cucarachas tienen suficiente alimento. Ha venido la mujer del pan y nos ha vendido diez hogazas. Todas duras como el pedernal. A Fátima le crujieron las muelas al masticar ese pan horneado hace un mes. Cuestan veinte veces más que antes de la guerra. Y ya todo estaba por las nubes. Con lo que la pagué

hubiéramos comido una semana en el restaurante Beit Sissi. La mujer del pan llevaba una herida en la sien. La he preguntado si le había pasado algo, pero ha salido como si huyera de su propia sombra, los ojos vidriados por el terror, con el pretexto de que se le hacía tarde. Luego desde el balcón la he visto correr con su saco de panes abrazado al pecho, junto a dos ancianos que la seguían, en la avenida de Sh-Al-Mutanabi, para evitar ser alcanzado por las balas invisibles de los francotiradores. En casa no tenemos más que veinte kilos de arroz, tres ristras de cebollas, y medio litro de aceite de palma. Las berenjenas se han podrido, y la leche está ácida. Nos ha prometido que mañana nos traerá leche y huevos, si Dios lo quiere. Hace más de una semana que no me lavo el pelo. Nos queda poco champú y hay que racionarlo. Ni siquiera tenemos lejía para fregar el suelo y la casa parece un matadero de cabras. La vecina del cuarto me ha dicho que nos cambia medio litro de lejía y un frasco de champú por diez kilos de arroz. Y yo le he dicho que era excesivo y que se estaba aprovechando. ¿Y quién no se aprovecha si estamos en guerra contra oriente y contra occidente, contra Dios y contra el Diablo? me ha dicho mientras se volvía a su casa murmurando con indiferencia. Delante de la puerta, alguien me ha dejado una bolsa con tres naranjas. *(Pela una y empieza a comerla.)* Ni siquiera conservan un poco de jugo o dulzor para aliviar la sed. Las naranjas me saben a ceniza sucia.

Julio comprueba las puertas interiores del salón fantasmagórico que están cerradas. Llama con los nudillos suavemente unas cuantas veces. Mira libros en una caja sin aplacar su impaciencia. Consulta su reloj varias veces. Le entra un whatsapp. Es un video de gran crudeza sobre la guerra de Siria que se proyecta en el fondo del escenario. Lo mira alucinado sin poder dar crédito. Perjura.

Esta es tonta del culo, *podría decir*. Cómo se le ocurre, mandarme estas cosas. ¿Qué se ha creído la muy lerda?

Entra Laura con un traje ligero y primaveral que la embellece y adelgaza comiendo una naranja. Le lanza una mirada desconcertada a su hermano. Duda si darle un beso, pero al final solo pone una mano vaga, lejana y rígida sobre su hombro, como se suelen saludar los hermanos cuando no tienen ganas de verse o las relaciones se han enrarecido demasiado.

JULIO

¿Ni siquiera te disculpas?

(Pausa. Laura ofrece un gajo de naranja a su hermano y este deniega seco. La naranja le sabe muy ácida y la deja a mediocomer. Luego ella se pone a mirar algunos libros detenidamente. Abre uno y busca el índice. Sigue mirando los libros que saca de las cajas.)

LAURA

¿Y por qué me habría de disculpar?

JULIO

Llevo aquí más de media hora esperándote... Y todo está lleno de polvo. No hay dónde sentarse. Hay tres cucarachas muertas. Este vaso lleno de colillas... ¿No has sido capaz de deshacerte de las colillas de nuestra madre? ¿Vas a dejar ahí también las mondas de esa naranja? ¿Cómo puedes vivir

en este cuchitril asqueroso?

LAURA

No quiero deshacerme de esas colillas. Hay una huella de sus labios en ese vaso. Este cuarto lo tengo cerrado. Por lo menos que nos quede su olor a tabaco. Y esta naranja tiene un sabor muy extraño. Me sabe a ceniza. Apenas entro ya en esta sala. Quedamos a “y media”, ¿no?

JULIO

Pues no... Quedamos a “en punto”. No te hagas la loca. Ni siquiera he podido ir al baño. ¿Por qué tienes todas las puertas cerradas del salón? Esto es una ratonera. Es que siempre te haces la loca con la hora, Laura. ¿Haces lo mismo con tus amigas?

LAURA

Depende...

JULIO

¿Llegas a tu tienda de trapitos o a los ensayos con media hora de retraso? Con lo puntuales que sois “los artistas”. Supuestamente. *(Pausa. Con resquemor.)* Y encima... Esa... esa... barbaridad de video que me acabas de mandar... Y el salón este lleno de mierda, polvo, telarañas y tabaco hasta el techo... y cerrado como un búnker.

LAURA

¿Has terminado ya tus lamentaciones? ¿A qué te refieres... con el video?

JULIO

Al video ese... al video inconcebible ese de los niños... al video... al video del hospital... al video de esos... niños... en... la... guerra... de Siria.

LAURA

¿Te lo he mandado yo?

JULIO

Sí, me lo acabas de mandar... no hace... ni diez minutos... ¿En eso te entretienes? ¿Por eso llegaste tarde?

LAURA

(Recoge las mondas de las naranjas. Se frota y se chupa los dedos pringosos.) Se lo he mandado... se lo he debido mandar a... a todos mis amigos.

JULIO

¿Y por qué me lo mandas a mí? Si solo soy... tu hermano.

(Pausa.)

LAURA

¿Y qué tiene de malo... que te lo haya mandado... Julio?

JULIO

(Algo llorica y quejoso.) Sabes... que no puedo ver... que no puedo ver... ese tipo de videos... que me ponen enfermo... que no puedo verlos.... Lo sabes... lo sabes de sobra.

LAURA

Pues, no lo sé... nunca hasta ahora te había mandado un video de ese tipo... un video de la guerra de Siria.

JULIO

Sí, no es la primera vez... que me mandas un video... de ese tipo... Todo se te olvida.

LAURA

Pues no me acuerdo...

JULIO

Pues yo sí me acuerdo... Me acuerdo perfectamente... Es que no sé... ese... esos videos... esos videos... aparte de no servir para nada... aparte de no servir para nada...

LAURA

Claro que sirven... sirven para mucho... Sirven para saber lo que les ocurre a los niños en Siria.

JULIO

¿¿¿Sirve para saber los que les pasa a los niños en Siria... hoy ?!!!!

LAURA

El video es reciente... Sirve para estar informado... Necesitamos estar informados... Necesitamos saber lo que les pasa a los niños en Siria. Aunque nos estropee la siesta o nos amargue la merienda.

JULIO

¿Necesitamos saber... lo que les pasa... en Siria... a los niños...? ¿Y lo que les pasa en Marruecos...y en Haití...y...en Honduras...y en Nigeria... y en Filipinas....y en Tailandia... y en... y en el norte de Argentina...? ¿Y en la casa de Campo... o en la calle Montero... y en los clubs de carretera...? Ahí hay niñas... niñas de dieciséis años que se prostituyen... pero claro, su guerra es otra clase de guerra. Una guerra subterránea, morbosa y de baja intensidad y ya está demasiado trillada. Y a muchos hasta nos pone cachondos.

LAURA

Bórralo si tanto te molesta. Y no es comparable una cosa con otra.

(Pausa. Se miran fijamente.)

JULIO

Ya lo hice. Ya lo borré.

LAURA

(Arisca.) Pues ya está. Genial. ¿Ya lo borraste? El próximo video que te mande... será de un ciervo pastando... en una pradera de margaritas con un lago cristalino y un sauce llorón. O un chiste de

monos borrachos.

JULIO

No hace falta que me tomes por gilipollas...ni me mandes chorradas bucólicas...No hace falta que me mandes nada... Laura. No hace falta que me mandes... nada. Nada.

LAURA

Tranquilo, no te mandaré nada. Si quieres me borras, me eliminas de tu teléfono y de tu vida. Y hablamos por el fijo... o te mando un telegrama para concertar una cita contigo, para hablar de la herencia de nuestra madre. De esta casa. De tu trabajo. De los viajes de tu mujer. O de lo que sea necesario hablar.

JULIO

¿Cómo está tu hija?

LAURA

¿Por qué me preguntas por ella? No hace falta que...

JULIO

Es mi ahijada.

LAURA

Mejor que dejemos eso. Vale.

JULIO

¿Por qué estuvo ingresada en el hospital dos semanas y ni siquiera me dijiste nada? Ni una palabra. ¿Está mal, verdad?

Bashira día cuadrigentésimo quincuagésimo noveno (459) de la guerra.

He ido al hospital con mi hija Hana. Mi madre Fátima se ha quedado en casa viendo la televisión y escupiendo al rostro de nuestro presidente Asad y al de su bella mujer Asma-al Asad luciendo sus collares y fulares modernos y su peinado de electrocutada. Hemos esperado más de tres días para que le pusieran a Hana la insulina. En los pasillos estaban hacinados los enfermos, mezclados los jóvenes con los ancianos y los niños. Los médicos y las enfermeras pasaban como si no nos vieran con pasos duros y esquivos. Solo una enfermera se ha acercado a Hana y le ha regalado un caramelo. Ella ha denegado diciendo que no podía comerlo, por su enfermedad. Lo ha cogido y se lo ha ofrecido a otro niño. Una madre de pronto se ha puesto a llorar y a morderse los puños y luego se ha puesto a escupir sus manos y a golpearse con ellas en la frente y las sienes. Y al final se le ha caído el velo o se lo ha arrancado ella y sus cabellos negros y rizados han quedado a la vista de todos. Luego ha escupido en su pañuelo, lo ha arrojado al suelo y lo ha pisoteado como si pisoteara su propia rabia. Mi hija se ha puesto muy seria y me ha dicho al oído que seguramente el hijo de esa mujer estaría muy enfermo. Luego me he dormecido una hora. Soñé que estaba en el teatro principal de Alepo y que no encontraba la salida al escenario, porque había un laberinto de bastidores que nunca se terminaban. Tenía que representar el papel de Lady Macbeth cuando se vuelve loca y se restriega la sangre invisible, rabiosa e imborrable de las manos y recorre el proscenio, sonámbula de sangre, culpa y venganza. Cuando ya encontraba la salida, el director con

una peluca y una falda mía había asumido mi papel. Me miraba con furia y una mueca amanerada y me señalaba al público que se reía de mi tardía aparición. Luego me despertó mi hija Hana, para contarme que el bebé de la mujer había muerto y a la madre la habían dormido con una inyección. En ese momento oímos una gran explosión que movió los cimientos de todo el hospital. A través de un boquete en el techo vi que se derrumbaba todo un ala del edificio como un castillo de naipes.

JULIO

¿Te has cortado el pelo, veo?

LAURA

Sí, me lo tuve que cortar un poco. Para la función de Macbeth. Yo no quería, pero el director se empeñó. ¿Me queda fatal, verdad?

JULIO

¿Qué tal os fue con la función? ¿Bien de público?

LAURA

Bueno... más o menos. ¿Sabes que Nadia se asustó mucho en la escena del monólogo, cuando Lady Macbeth se vuelve loca y trata de arrancarse la sangre de las manos? Al final acabamos en el Hospital. Con los nervios y el jaleo de la función, se me pasó darle la medicina.